

FRANZ KAFKA

LA TRANSFORMACIÓN

EDICIÓN DE L. F. MORENO CLAROS Y P. BENITO OLALLA

KA FK



ATALANTA

Kafka es, junto con Joyce y Proust, uno de los grandes renovadores de la narrativa de principios del siglo xx. En el célebre comienzo de *La transformación*, publicada en 1915 y también conocida como *La metamorfosis*, el viajante de comercio Gregor Samsa se despierta una mañana convertido en un monstruoso insecto. Con la inserción de este elemento fantástico y de un narrador subjetivo en estilo indirecto libre, Kafka retrata en forma de parábola tragicómica el lento proceso de introspección y descomposición del protagonista.

La voz perpleja y estrechamente autobiográfica de Kafka se erige como profética en el período de entreguerras. Desde la subjetividad y bajo el dictado de una lógica deformada, retrata al individuo y su interioridad en el contexto de un mundo alienado y hostil regido por fuerzas irracionales que lo subyugan. *La transformación*, claro exponente del expresionismo literario, y en ese sentido afín a la obra pictórica de Egon Schiele o a las composiciones atonales de Schönberg, recoge también los frutos de las nuevas corrientes del pensamiento contemporáneo para mostrar en clave simbólica los efectos de una sociedad cada vez más deshumanizada.

Esta nueva traducción de Luis Fernando Moreno Claros y Pilar Benito Olalla, muy ajustada al original y notablemente enriquecida por un extenso prólogo, un posfacio, una cronología y una bibliografía, ofrece en su conjunto un perfil completo de esta obra genial, al situarla dentro del contexto de la vida de su autor.



ARS BREVIS

ATALANTA

107



FRANZ KAFKA
LA TRANSFORMACIÓN

EDICIÓN A CARGO DE
L. F. MORENO CLAROS
P. BENITO OLALLA



ATALANTA

2016

En cubierta: *Kafka*, Tres
En contracubierta: variación en torno a una foto anónima de
Kafka ante la casa familiar en 1922

Dirección y diseño: Jacobo Siruela

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos,
www.cedro.org) si necesita fotocopiar
o escanear algún fragmento
de esta obra.

Todos los derechos reservados.

Título original: *Die Verwandlung*

© De la traducción, prólogo y cronología:

Luis Fernando Moreno Claros

© De la traducción y posfacio: Pilar Benito Olalla

© EDICIONES ATALANTA, S. L.

Mas Pou. Vilaür 17483. Girona. España

Teléfono: 972 79 58 05 Fax: 972 79 58 34

atalantaweb.com

ISBN: 978-84-946136-0-9

Depósito Legal: GI 1431-2016

ÍNDICE

Prólogo	
Kafka y <i>La transformación</i>	9
Nota sobre la traducción	59
<i>La transformación</i>	67
Posfacio	137
Cronología	151
Bibliografía	159

PRÓLOGO

Kafka y *La transformación*

Si hubiera que elegir un relato literario emblemático del siglo xx, el agraciado sería casi con seguridad *Die Verwandlung* (La transformación), de Franz Kafka, normalmente traducido al castellano con el título de *La metamorfosis*. Pocas narraciones habrán sido tan admiradas y comentadas como esta que cuenta la rara historia del viajante de comercio Gregor Samsa, transformado en un bicho monstruoso.

Algunas pinceladas sobre la vida y el singular carácter de su autor, así como de las circunstancias en las que se gestó esta célebre historia, servirán de introducción a su lectura y tal vez la hagan más provechosa.

Franz Kafka nació en Praga en 1883 y murió en un sanatorio de Kierling –localidad cercana a Viena– en 1924, a punto de cumplir los cuarenta y un años de edad, víctima de una tuberculosis de laringe. Sus restos descansan en el cementerio de Praga, la ciudad en la que residió casi hasta el final de sus días, siempre ligado de una manera u otra a la casa paterna. Hijo de una familia judía perteneciente a la minoría de habla alemana praguense, Kafka nunca escribió

en checo, lengua que no llegó a dominar del todo; su idioma fue el alemán, un alemán pulcro y cuidado que era natural entre los germanófonos de Praga. Tampoco comulgó con los afanes nacionalistas checos; Kafka fue un súbdito judío del Imperio austrohúngaro hasta la disolución de éste en 1919; cuando se constituyó la nueva República Checoslovaca, al terminar la Primera Guerra Mundial, la recibió sin ningún entusiasmo y con escepticismo. El rechazo antisemita por parte de los checos que desde siempre cercó a la comunidad judía de Praga no disminuyó con la llegada de la nueva República; era una emoción más o menos velada con la que los Kafka tenían que convivir y que aprendieron a sobrellevar sin demasiados sobresaltos. Hoy suena paradójico que, para los checos de entonces, «alemán» y «judío» fuesen prácticamente sinónimos. Kafka siempre fue para los praguenses de origen checo un «judío alemán».

Sólo un año antes de su prematura muerte logró el escritor independizarse de su ciudad natal. Durante unos meses de aquel año final residió en Berlín, la metrópolis que siempre le gustó por el cosmopolitismo y la libertad que allí se respiraban, y que tan diferente era de la «mágica» pero más limitadora y convencional Praga. En Berlín disfrutó feliz de unos pocos meses de independencia, intentando vivir como escritor y amado por una joven mujer polaca y también judía: Dora Diamant, el último amor de Kafka y no precisamente el más famoso.

El cabeza de familia, Hermann Kafka (1852-1931), era hombre de baja extracción social, vástago de un carnicero judío, un trabajador nato hecho a sí mismo a base de penalidades y sudor. Tras vender mercancías de puerta en puerta, ahorró lo suficiente para poner una tienda de artículos de mercería y complementos en el centro histórico de Praga. La madre, Julie Löwy (1856-1934), hija de una familia judía



Fotografía de pasaporte, ca. 1916

de clase media y habla alemana, aportó una dote sustanciosa y, tras pasar por varios partos, administraba y despachaba en la tienda junto a su marido. Cuando nació Franz, el primogénito, y las tres hermanas que le siguieron (Elli, Valli y Ottla), los Kafka disfrutaban de una palpable prosperidad económica que les permitía tener niñeras y cocinera. Hermann pagó los estudios primarios de Franz en centros de enseñanza alemanes y su carrera de derecho, así como las dotes matrimoniales de sus hijas. Era un hombre respetado por los comerciantes de la ciudad –hablaba el checo a la perfección–, y los ciudadanos checos y demás gentiles compraban en su establecimiento; astutamente cambió la grafía de su apellido en el letrero principal de su tienda: *Kavka* («grajo», en checo) en lugar de Kafka. Eso lo ayudó durante un pogromo que hubo en la ciudad en el transcurso de unos disturbios sociales: los checos que en aquella ocasión asalta-

ban negocios judíos pensaron que la tienda era de propiedad checa y pasaron de largo.

Franz Kafka fue un niño aplicado y un joven estudioso e inteligente; en 1906 culminó su carrera académica doctorándose en derecho. Enseguida encontró empleo: primero, un puesto provisional de abogado en una compañía de seguros de Trieste establecida en Praga, Assicurazioni Generali; más tarde, en el Instituto de Seguros para Accidentes de Trabajo del Reino de Bohemia, empresa en la que permaneció hasta su jubilación anticipada por enfermedad, en 1922. Las horas de oficina, aunque las soportaba con responsabilidad y entrega, lo agobiaban psicológicamente; Kafka consideraba este trabajo un medio de subsistencia sin más, sólo lo ejercía por necesidad pecuniaria, ya que en realidad lo que él siempre quiso y anheló fue escribir. Ésa era su auténtica tarea vital, el oficio diario al que lo inclinaba una inapelable vocación. ¿Escribir? Escribir historias y novelas, tal y como habían hecho sus autores predilectos: Heinrich von Kleist, Goethe, Dickens, Flaubert o Dostoievski, entre otros muchos. Finalmente lo logró, pero a costa de una lucha constante con las circunstancias que lo rodeaban y que exigían de él que fuese un ciudadano común, comprometido con un trabajo que le proporcionase unos ingresos sólidos y con la fundación de un hogar.

El raro de la familia y su vaga idea de ser un escarabajo

Justo al comienzo de *La transformación* el lector sabe que Gregor se ha transformado en un «bicho». Kafka usa para denominarlo el sustantivo alemán *Ungeziefer*, término de difícil traducción al castellano, pues se aplica a todo tipo de insectos parásitos, tales como chinches, pulgas, piojos,

etcétera; por extensión, también alude a insectos indeterminados y hasta a pequeñas alimañas vertebradas. Por eso a veces se ha traducido al castellano más directamente, aunque de manera imprecisa, por «insecto». Lo que sí queda claro a continuación es que se trata de un bicho o un insecto de caparazón duro que ha adquirido una dimensión descomunal: erguido (pues también es capaz de hacerlo), bien podría llegar a medir un metro de altura. Sabremos asimismo que cuenta con numerosas patas y con antenas, aunque Kafka no fue riguroso con la anatomía de su criatura; así, afirma que cuando muere, su último aliento brotó de sus *Nüstern* (plural de *Nüster*), término que traducido literalmente al castellano significa «ollares»: las grandes cavidades respiratorias de los caballos y otros cuadrúpedos. Es posible traducirlo por «agujeros nasales», pero en cualquier caso las dos versiones suenan inverosímiles al tratarse de un insecto.

Poco antes del final de la historia, la asistenta de la familia Samsa se dirige al monstruo llamándolo despectivamente *Mistkäfer*, es decir, «escarabajo pelotero» (en una traducción más dura podría trasladarse como «escarabajo de mierda»); sin embargo, en el relato nunca queda claro qué tipo de criatura invertebrada es Gregor exactamente. Vladímir Nabókov, en su *Curso de literatura europea*, dedicó un famoso ensayo a interpretar *La transformación* y dio por cierto que el bicho kafkiano era un escarabajo y no una cucaracha como también se había llegado a suponer. Y hasta dibujó un esbozo en su cuaderno de notas. Kafka, por su parte, rogó al editor de la historia, Kurt Wolff, que ni en la portada del libro ni mucho menos en el interior se representase «insecto» alguno. Tampoco él estaba muy seguro de qué clase de bicho concreto era su *Ungeziefer*; según algunos amigos suyos (Janouch, Brod, Werfel), en varias ocasiones se refirió a su relato como «la historia de la chinche [*Wanze*]». ¿Escarabajo, chinche, otro in-

secto descomunal? En realidad, poco importa para el conjunto de la historia, se trata de una cuestión secundaria reservada a los eruditos; fijémonos mejor en aspectos más simbólicos.

Hay un precedente en los escritos de Kafka que atestigua que semejante fantasía –un hombre yacente en su cama que despierta transformado en algún tipo de insecto– pudo haber sido una idea recurrente en su imaginación, y que podemos entenderla como una metáfora de la idiosincrasia de su personalidad. Así quedó consignada en un esbozo literario datado unos seis años antes de que se le ocurriera *La transformación*, entre 1906 y 1907. Nos referimos al primero de una serie de tres borradores de una historia que quedó sin concluir, titulada *Preparativos para una boda en el campo*.

En esta historia Eduard Raban, «empleado en un despacho», tiene que partir al campo de vacaciones; allí lo espera Betty, su prometida. Pero el protagonista no parece muy alegre de emprender el viaje. Reflexionando y cavilando antes de decidirse a tomar el tren que lo llevará al campo, Raban piensa si también esta vez no podría comportarse tal y como «hacía siempre de niño frente a empresas peligrosas», imaginar que no es él mismo, su propio yo, quien irá al campo, sino sólo un trasunto suyo:

... ni siquiera necesito ir yo mismo al campo, no hace falta; mandaré a mi cuerpo vestido. Y si vacila al salir por la puerta de mi habitación, esa vacilación no mostrará su miedo, sino su inanidad. Tampoco será irritación si tropieza en la escalera, si sollozando viaja al campo y toma allí llorando su cena.

Puesto que yo, mientras tanto, estoy acostado en la cama, cubierto por entero con una manta de color amarillo castaño, expuesto al aire que entra soplando por la ventana entreabierta.

[...] tengo la forma de un gran escarabajo, de un ciervo volante o de un escarabajo sanjuanero, creo.

Y unas líneas más abajo prosigue:

La forma de un gran escarabajo, sí. Y luego me imaginaría que estoy en un gran sueño invernal y que aprieto mis patitas contra mi vientre abombado.¹

A Raban le da igual ser un gran escarabajo, un ciervo volante o un escarabajo sanjuanero; el caso es quedarse en casa y sustraerse a la obligación de ir al campo y asistir a una reunión en la que, además de ver a su prometida, también debe estar con la familia de ésta y tratar de los preparativos para la boda. A Raban esto no le hace ninguna gracia, así que pretende eludir las obligaciones indeseadas, evadirse de lo que es convencional y limita su libertad individual; prefiere dejar de hacer algo que lo incomoda.

Llegados a este punto, es imposible no recordar otro de los relatos más célebres de la historia universal de la literatura: *Bartleby el escribiente*, de Herman Melville, publicado en 1853. El pasante Bartleby, hombrecillo menudo y de apariencia anodina, constituye con su eterna respuesta «*I would prefer not to*» («preferiría no hacerlo») el negador literario por excelencia. Se desconocen testimonios que avalen el posible conocimiento de este personaje por parte de Kafka; sin embargo, el relato del también autor de *Moby Dick* ha sido calificado a posteriori de «kafkiano» por lo inusual y absurdo de su tema. Es cierto que se observan rasgos parecidos en el temperamento del fantástico Bartleby a los de este Raban que se resiste a cumplir con una obligación incómoda; unos rasgos que asimismo coinciden con los del propio Franz Kafka, como veremos.

1. Franz Kafka, «Hochzeitsvorbereitungen auf dem Lande», *Sämtliche Erzählungen*, edición de Paul Raabe, Fischer Verlag, Frankfurt am Main, 1970, pág. 236. La traducción es propia.

Si nos fijamos en los insectos en los que el joven empleado Raban querría transformarse, encontramos al final del primer fragmento citado la mención del «escarabajo sanjuanero»; la palabra alemana utilizada por Kafka es *Mai-käfer*, que hace referencia a un coleóptero zumbón muy apreciado en Alemania por los niños –juegan con él atándole un hilo a una de sus patas para hacerlo volar como si fuera un globo–, que suele aparecer entre mayo y junio. Es posible que a quien conozca la rendida admiración que Kafka sentía por el gran Johann Wolfgang Goethe, le venga a la mente un pasaje muy conocido de *Las penas del joven Werther*. Kafka adoraba esta novela de juventud del autor de *Fausto*; para ilustrar su entusiasmo suele citarse la exhortación a Felice Bauer –su prometida en la época de *La transformación*– en la carta del 13 de marzo de 1913. Ella le había pedido que le recomendase lecturas y él le responde: «¿Que qué debes leer? Pero es que no sé lo que ya conoces... A ciegas te digo: ¡lee *Las penas del joven Werther!*».²

El pasaje del *Werther* al que aludimos se encuentra nada más comenzar la historia. El joven protagonista se muestra exultante en la primera carta que escribe a su amigo Wilhelm, toda vez que acaba de abandonar la casa materna con la decidida intención de empezar a vivir su vida en libertad:

Por lo demás, me encuentro muy bien aquí. La soledad es para mi corazón un bálsamo exquisito en esta comarca paradisíaca, mientras la estación de juventud del año calienta con toda su plenitud este corazón mío, a menudo tan vacilante.

2. Las *Cartas a Felice* las cito consignando sólo la fecha. La traducción de todos los fragmentos transcritos es propia. La obra de referencia es *Briefe an Felice und andere Korrespondenz aus der Verlobungszeit*, edición de Erich Heller y Jürgen Born, Fischer Verlag, Frankfurt am Main, 2009 (11.^a ed.).

Cada árbol, cada seto es un ramo de flores y uno quisiera convertirse en un escarabajo sanjuanero para poder revolotear en este mar de fragancias y encontrar ahí todo su alimento.³

Según el párrafo citado, el panzudo escarabajo no se queda en la cama, sino que vuela libre por el espacio oloroso de la primavera, entre las flores y las enredaderas. Werther canta a su libertad con esta imagen igual que Raban cantará a la suya, aunque el segundo prefiere tenerse por un escarabajo cómodamente acurrucado en la cama. El joven y enamorado Werther, llevado de su idiosincrasia, terminará rebelándose contra toda convención social u obligación pecuniaria que lo limite en sus actos, y ello contribuirá a su desarraigo social. Su rareza terminó en suicidio.

El Kafka real se asemejaba al Werther imaginado por Goethe en que cualquier obligación distinta de las contraídas por voluntad propia lo hundía en profundas depresiones. Sólo las obligaciones autoimpuestas son las queridas; en el caso de Werther, leer y escribir, amar; las renunciadas que comporten tales encomiendas, las penalidades que de ellas deriven le serán bienvenidas. Kafka se impuso desde muy joven consagrar su vida a la creación literaria. Otras obligaciones que nada tuvieran que ver con este oficio elegido y bendecido por él como el más noble y grato, pero a la vez como el más terrible y laborioso, causaban su rechazo y terminaban por llevarlo a la depresión. El trabajo de oficina o el sacrificio de algunos días enteros en los que debía salir de Praga en viajes de empresa le suponían cargas harto pesadas de sobrellevar y de las que hubiera preferido desentenderse.

3. Johann Wolfgang Goethe, *Las penas del joven Werther*, introducción, traducción y notas de Luis Fernando Moreno Claros, Gredos, Madrid, 2002, pág. 59.

Desde que decidió que su mejor tarea vital consistiría en escribir, en torno a 1907, cualquier otra actividad aparte de sus paseos a pie o en bicicleta, sus frecuentes baños en el Moldava o las charlas con los amigos –literatos y artistas como él– lo molestaba e incomodaba hasta extremos patológicos. Tampoco le agradaba participar en las celebraciones y compromisos familiares; desde pequeño tuvo que compartir el hogar con el padre, la madre y las tres hermanas, además del personal de servicio –una cocinera, una criada y hasta una señorita de compañía para las chicas–; el díscolo muchacho que siempre fue Kafka se resistía a plegarse a las obligaciones de su estatus de primogénito. Esto supuso para él vivir en constante conflicto con su progenitor, al que en 1919 dirigiría su célebre *Carta al padre* recordando las humillaciones sufridas en la infancia y su incompreensión de las singularidades del hijo.

De niño Franz se declaró pronto rebelde con causa en el círculo familiar. Una de las razones de semejante rebeldía la explicó él mismo en un apunte literario inédito de 1916 en el que rememoraba su afición infantil por la lectura:

A un niño que por la noche se encuentra enfrascado en la lectura de una historia emocionante, por ejemplo, nada de lo que se le explique le hará comprender que debe dejar de leer e irse a la cama. Cuando a mí, en un caso así, me decían que ya era tarde, que me estaba perjudicando la vista, que por la mañana se me pegarían las sábanas y que nada de eso valía la pena por culpa de una historia mala y tonta, yo ni siquiera podía llevar la contraria, por la simple razón de que todo aquello no me merecía ninguna consideración.⁴

4. Franz Kafka, *Obras completas III. Narraciones y otros escritos*, trad. de Adan Kovacsics, Joan Parra y Juan José del Solar, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, Barcelona, 2003, pág. 591.

Los mayores terminaban por vencer, pues le apagaban el gas para que no pudiera seguir leyendo y, sencillamente, hacían caso omiso de sus inmensos deseos de leer. Kafka, que se sentía víctima de una «injusticia», observa a continuación: «Me iba a dormir triste y dejaba que germinara en mí el odio que ha dominado siempre en el seno de mi familia y, a partir de ahí, en cierto modo, el resto de mi vida». Y prosigue: «La prohibición de leer no es más que un ejemplo, pero muy significativo; ya que esta prohibición caló muy hondo. Se negaban a reconocer mi singularidad».⁵

Esa «singularidad» de Kafka, su apasionada necesidad de leer contra viento y marea, despreocupado del tiempo empleado en semejante placer, se transformó con los años en esa acuciante y obsesiva idea de escribir que caracterizaría el resto de su vida. Tampoco la familia –principalmente el padre y la madre, pero de igual modo otros parientes– aceptó con el suficiente interés esta urgencia de escribir del primogénito, más bien la consideraron una extravagancia sin sentido ni provecho, equiparable a aquellas lecturas nocturnas de su infancia, culpables del derroche de gas y perjudiciales para la salud. Otra cosa muy distinta pensaría sobre aquella rareza de Kafka el primer editor de *La transformación*: Kurt Wolff.

La puesta de largo como escritor

Un día decisivo en la vida de Franz Kafka fue el martes 13 de agosto de 1912. Por la tarde, acudió a casa de su amigo el joven y ya prolífico escritor Max Brod portando bajo el brazo una colección de prosas breves, con intención de

5. *Ibid.*, pág. 592.

seleccionar varias para enviarlas a la editorial Rowohlt de Leipzig. Sus propietarios, los editores Ernst Rowohlt y Kurt Wolff, estaban dispuestos a leer algo del desconocido escritor praguense a fin de valorarlo y, tal vez, publicarlo. Rowohlt y Wolff, jóvenes también, tenían interés en descubrir nuevos talentos entre los autores en lengua alemana de las nuevas generaciones; Brod, sin ir más lejos, publicaba con ellos. De manera que Kafka se hallaba aquella tarde a las puertas de una gran oportunidad en su vida literaria. Algunas de las pequeñas prosas que llevó consigo a casa del amigo (ocho en concreto), de tinte intimista, habían aparecido ya en la revista literaria *Hyperion*; el resto era inédito. Se trataba de textos breves –algunos no pasaban de un puñado de líneas, mientras que otros llegaban a dos páginas–, pequeñas historias o miniaturas extraídas de los variopintos apuntes que Kafka anotaba profusamente cuando podía y que iba acumulando en numerosos cuadernos, así como en su diario.

Por este diario de Kafka, llevado con cierta asiduidad a partir de 1909, sabemos que la selección de estas breves prosas lo sumió en la desesperación durante unos días. La obligación de revisar sus escritos, impuesta por los editores, lo mortificaba: a su entender, nada de lo escrito valía lo suficiente como para ser publicado. De pronto, se sentía inseguro hasta la médula incluso con el alemán diáfano en el que escribía, puesto que él mismo era su más severo juez en materia literaria. En realidad, como le diría más tarde a Wolff en una carta, sólo se había avenido a publicar aquellos textos por la insistencia de su amigo Max. Y así sucedería en otras ocasiones: eran sus amigos literatos e intelectuales –Oskar Baum, Max Brod, Franz Werfel o Felix Weltsch, entre otros– quienes a menudo le pedían un manuscrito para leerlo y después lo mandaban a alguna revista literaria sin

su permiso. Ellos creían en el valor de lo que Kafka escribía más que él mismo.

Una vez seleccionados los textos junto a Brod, y tras sentirse confortado por el entusiasmo de éste ante el envío a la editorial, Kafka escribió a Kurt Wolff diciéndole que le presentaba sus prosas con la ilusión de que se las publicara, pero igualmente convencido de que no había sabido juzgar lo bueno y lo malo que había en ellas. Terminaba la carta con una reflexión: «Y es que la individualidad más difundida de los escritores consiste en que cada uno oculta de forma completamente particular su lado malo».⁶

Tras la muerte de Kafka, Wolff declaró en sus *Observaciones y recuerdos* que el día en el que se conocieron, en junio de 1912, «Kafka dijo una cosa que nunca había oído antes y nunca oí después a ningún otro autor: “Siempre le quedaré más agradecido por que me devuelva mis manuscritos que por su publicación”».⁷

Las dudas de Kafka se disiparon al menos de momento cuando el 4 de septiembre de 1912 Wolff le comunicó que tanto él como Ernst Rowohlt habían aceptado publicar sus prosas en un pequeño volumen. Fue el inicio de la colaboración de Kafka con Wolff, quien poco después rompería con Rowohlt y terminaría fundando en 1913 su propia editorial –la Kurt Wolff Verlag–. El libro de Kafka, en realidad un tomito de tan sólo cien páginas en un tipo de letra desmesurado (por expreso deseo del autor), apareció bajo el título

6. Copia de la carta de Kafka fechada en sus diarios el 15 de agosto de 1912. Franz Kafka, *Obras completas II. Diarios*, trad. de Andrés Sánchez Pascual y Joan Parra, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, Barcelona, 2000, pág. 339.

7. Kurt Wolff, *Autores, libros, aventuras. Observaciones y recuerdos de un editor, seguidos de la correspondencia con Franz Kafka*, trad. de Isabel García Adánez, Acanalado, Barcelona, 2010, pág. 85.

de *Betrachtung* (Contemplación). Incluía piezas que hoy se consideran pequeñas joyas literarias: «Niños en el camino vecinal», «El paseo repentino», «La desventura del soltero», «Ser desdichado» o «Deseo de convertirse en indio», entre otras.

A Wolff lo sedujo el estilo literario de Kafka, anómalo dentro de la literatura germana de la época a causa de su concisión y espontánea llaneza; el editor aseguraría años más tarde que la prosa kafkiana, sobre todo la de sus textos breves, era «la más pura y perfecta de la literatura alemana, tanto del siglo XX como del XIX».⁸

En cuanto fue dueño de su propia editorial, Wolff pidió a Kafka con insistencia que siguiera enviándole sus escritos; sólo gracias a la fe que este editor tenía en ellos vieron la luz: *El fogonero* (1913), *La transformación* (1915), *La condena* (1916), *En la colonia penitenciaria* (1919) y *Un médico rural. Pequeños relatos* (1920). Esto fue todo cuanto Kafka publicó en vida en forma de libro. Al morir dejó corregidas las pruebas de imprenta del volumen *Un artista del hambre* que la editorial berlinesa Die Schmiede publicó en 1924; contenía relatos tan excelentes como el que da título al volumen, así como «Primer dolor» (traducido al castellano como «Un artista del trapecio») y el último relato que Kafka escribió y revisó estando aquejado ya sin remedio de su tuberculosis laríngea: «Josefina la cantante o el pueblo de los ratones», la prodigiosa historia de la rata que canta en susurros.

Ninguno de los libros publicados en vida de Kafka fue éxito de ventas, aunque causaron cierta expectación en círculos literarios; pero tampoco sucedió que no los comprase nadie: *La transformación* y *La condena* alcanzaron una segunda edición. Wolff, que en el caso de Kafka nunca

8. *Ibid.*, pág. 91.

tuvo en cuenta las ventas, sino su gusto personal, se mostró inquebrantable en su fe. En su fuero interno sabía que estaba editando la obra de un escritor sorprendente, de un vanguardista innovador, y que merecía la pena apostar por él.

El editor soñaba con que su autor predilecto le enviara alguna «novela más larga»; supo por Max Brod que estaba embarcado en proyectos de gran envergadura. Pero Kafka siempre se le resistía, casi nunca daba nada por terminado, o lo que terminaba le parecía simplemente imperfecto o de escaso valor, y ni siquiera concluyó alguna de las novelas que tanto deseaba Wolff: las tres que empezó (*El desaparecido*, *El proceso* y *El castillo*) las interrumpió bruscamente. Kafka era un artista que buscaba la perfección de su obra, pero ¿dónde estaba la perfección? Para él siempre quedaba más allá, en el horizonte de lo deseable e inalcanzable.

En 1921 Wolff se dirigió por carta al «querido y admirado señor Kafka» escribiéndole lo siguiente:

Usted y yo sabemos que, por lo general, son precisamente las cosas mejores y más valiosas las que no encuentran eco de inmediato, sino que no lo hacen hasta más adelante, y nosotros seguimos creyendo en los lectores alemanes y en que alguna vez poseerán la capacidad de recepción que esos libros merecen.⁹

Un tortuoso noviazgo

Aquella tarde en la que Kafka llevó a casa de Brod la selección de sus prosas fue también «especial» a causa de otro acontecimiento que de igual modo sería decisivo en su vida, un acontecimiento de carácter sentimental: conoció a Felice

9. *Ibid.*, pág. 88-89.

Bauer. Ésta era una mujer soltera de veinticinco años, judía residente en Berlín, trabajadora y moderna, comercial en una empresa de dictáfonos –aparatos para grabar la voz que por entonces constituían una innovación técnica en el mundo de la oficina y la empresa–. No era guapa, a Kafka no le causó una gran impresión, y hasta su cara le pareció insulsa y anodina, tal y como dejó escrito. Sin embargo, y aunque apenas había pasado tres horas con ella en casa de la familia de su amigo –pues allí fue donde la conoció–, dos días después, el 15 de agosto, Kafka anotó en su diario: «He pensado mucho en –qué apuro me da escribir nombres– F. B. [Felice Bauer]». Cuatro semanas más tarde, el 20 de septiembre, le escribió a Berlín para recordarle su encuentro en casa de los Brod, al final del cual, entre risas, habían bromeado sobre hacer un viaje juntos a Palestina. Con aquella primera carta, Kafka inauguraba la torrencial correspondencia que los mantendría unidos durante cinco años.

Felice, sorprendida al principio por el recuerdo de aquella mera anécdota, pero interesada a la vez en la personalidad de aquel corresponsal imaginativo y a su modo apasionado, que quería saber cosas de su vida, respondió a sus cartas y pronto se vio implicada en una relación amorosa compleja e intensa. Dicha relación, principalmente epistolar, que ambos mantuvieron desde septiembre de 1912 hasta diciembre de 1917, es una de las más célebres de la historia de la literatura. Las kafkianas *Cartas a Felice* (un tomo de 800 páginas en la edición canónica alemana de Erich Heller y Jürgen Born) constituyen un testimonio inapreciable para conocer el mundo del escritor y su agitada vida interior, además de sus costumbres y otras andanzas cotidianas. Aparte de esto, son el mejor testimonio con el que contamos en la actualidad para conocer cómo se gestó *La transformación*, puesto que Kafka apenas aludió a este relato en otros escritos.

«Kafka consiguió hacer su obra tan increíblemente seductora que sus historias atrapan al lector aunque al principio no entienda la verdad que contienen. La singularidad de Kafka consiste en el modo en que logra que el lector se deje llevar por una fascinación incierta y vaga, asociada con el recuerdo meridianamente claro de ciertas imágenes y hechos aparentemente absurdos a primera vista, y que esa fascinación sea tan duradera y penetre tan hondo en la vida del lector, que algún día una experiencia cualquiera le revele de improviso el verdadero significado de la historia a la luz deslumbrante de la evidencia.»

Hannah Arendt

Pilar Benito Olalla es doctora en filosofía, autora de Baruch Spinoza. *Una nueva ética para la liberación humana* (Biblioteca Nueva), así como de varios artículos sobre Spinoza y su época. Profesora de filosofía en enseñanza secundaria.

Luis Fernando Moreno Claros es doctor en filosofía y ensayista. Autor de *Schopenhauer. Una biografía* (Trotta) y *Martin Heidegger* (RBA). Ha traducido al castellano obras de Schopenhauer, Goethe, Nietzsche y Lou Andreas-Salomé. Colabora como crítico literario en la revista *Letras Libres* y en el suplemento cultural «Babelia», del diario *El País*.

ISBN 978-8-494-61360-9



9 788494 613609

Ars brevis

